

## EL CONSERVADURISMO

Por KLAUS VON BEYME

### SUMARIO

I. Origen y evolución del conservadurismo: 1. El concepto de conservadurismo. 2. Evolución del conservadurismo; a) Aproximación al liberalismo. b) Partidos cristianos: ¿concurrentes o sustitutos? c) Conservadurismo y nacionalismo. d) Conservadurismo y pensamiento monárquico.—II. Ideología del conservadurismo: 1. El conservadurismo clásico. 2. Programática conservadora de los partidos políticos. 3. De la «Revolución conservadora» al «Neoconservadurismo».—III. Los partidos políticos: 1. La fuerza electoral de los partidos conservadores. 2. Estructura social de los partidos conservadores. 3. Estructura organizativa de los partidos conservadores.—IV. Significado actual del conservadurismo.—Bibliografía.

### I. ORIGEN Y EVOLUCION DEL CONSERVADURISMO

#### 1. *El concepto de conservadurismo*

El conservadurismo —como los otros «ismos» referidos a las ideologías de grandes movimientos— se vincula generalmente en sus orígenes con la Revolución francesa. En su teoría histórico-sociológica sobre el pensamiento conservador del tiempo de la Revolución francesa, Karl Mannheim (en Schumman, 1974, pág. 28) ha pretendido ver únicamente «tradicionalismo». Pensamiento tradicionalista —como por ejemplo la defensa en Alemania de la sociedad estamental por Justus Möser— era para Mannheim una actitud *reactiva*. El pensamiento conservador, por el contrario, era definido como una *orientación de sentido*. Según esta distinción, «tradicionalista», sobre

todo en la esfera privada, puede también ser progresivo y susceptible de orientarse objetivamente en la esfera política por grandes contextos estructurales.

En esta distinción habría que introducir algunas modificaciones. Es correcto que la conservación de lo antiguo no constituía un problema especial en la época anterior a la revolución burguesa. Allí donde las viejas instituciones estatales y eclesiásticas habían entrado en crisis, los tradicionalistas no se limitaron a lamentarse de la decadencia y el hundimiento de las mismas, sino que proclamaron la necesidad de una restauración y transformación de dichas instituciones. Conceptos que hoy tienen un contenido progresista, tales como *reformatio*, *renovatio* y hasta *revolutio*, fueron en su tiempo consignas de orden general (Vierhaus, 1978, pág. 533).

Sólo en tiempos más recientes, cuando ya se han conmovido los fundamentos del orden estatal, eclesiástico y social, y se ha perdido la legitimidad de la Corona, la aristocracia y la Iglesia, se hace necesario defender lo existente a través de un sistema programático. El más conservador de los defensores franceses del *Ancien Régime*, De Bonald (1976, vol. I, pág. 150), formulaba ya esta idea utilizando el término *conservateur*: «Quand les principes conservateurs des sociétés sont ébranlés, il faut les replacer sur leur bases...»

También en la gran Revolución inglesa se pueden encontrar equivalentes de los conservadores, por ejemplo en los defensores de los *divine right of the king*. El propio criterio sociológico de Mannheim, el surgimiento del intelectual flotante, en el que pueden darse simultáneamente la ideología del conservar y su desafío, se corresponde con la Revolución inglesa.

La Revolución francesa introduce una modificación cualitativa en el panorama político europeo: la tendencia expansiva de la Revolución obligó por primera vez a todas las fuerzas políticas de Europa a una toma de posición con respecto a la misma. El mismo Burke, que en 1790 escribe la más ardiente crítica de la Revolución francesa, estaba en un principio predispuesto a dejar a Francia abandonada a sí misma, recomendando sólo que se adoptasen las precauciones necesarias para impedir que se extendiese la Revolución. Únicamente cuando la guerra había trasladado con éxito la Revolución más allá de las fronteras de Francia, recomendó Burke aajar el mal de raíz, y en 1793 justificó la guerra de intervención.

Burke responde en mayor medida que Hobbes o que Filmer al tipo sociológico de un ideólogo conservador. Literatos como Gentz o Adam Müller se pusieron al servicio de fuerzas políticas restauradoras. Gentz (1819, volumen 3, pág. 202) fue el formulador de algunas conclusiones, que posteriormente defendió en la prensa, tales como las resoluciones represivas de Karls-

bad de 1819, a las que calificó de «espíritu del mantenimiento, la consolidación, la disciplina y el orden, de un amor al pueblo bien entendido y de una bien entendida libertad burguesa... y si este espíritu no se hace hegemónico en toda Europa, el único legado que transmitiremos a nuestra posteridad será un espectáculo salvaje de ruinas sangrientas».

La novedad era la lucha de los intelectuales de derecha contra los intelectuales de izquierda. Cuanto más revolucionario se hizo el conservadurismo más intensa se hizo la disputa. En los casos de Barrès y Maurras en Francia se transformó progresivamente la orientación de los intelectuales conservadores desde una mística del linaje y de la tierra hacia una denuncia de los intelectuales como «lógicos de lo absoluto», a pesar de que ambos, a diferencia de los simples panfletistas del fascismo, abarcaban todavía el conjunto del acervo cultural francés.

Sólo después de la Revolución francesa comenzaron los pensadores y los grupos políticos a definirse a sí mismos como «conservadores». La palabra comienza a hacerse frecuente en Francia a partir de 1795; se adopta en Inglaterra alrededor de 1830 (John Wilson Crooker) y en Alemania después de 1830, cuando la Monarquía de julio obliga de nuevo a los grupos políticos a tomar postura y demuestra que el espíritu de la Revolución francesa no había sido aniquilado por la «contrarrevolución». Viktor Aimé Huber publica en 1841 en Alemania una obra con el título *Elementos, posibilidad o necesidad de un partido conservador en Alemania*, donde adopta polémicamente el concepto de «conservadurismo». No obstante, en el resto de los países continentales, el concepto mantiene un carácter en cierto modo inconcreto, desarrollándose la tendencia a utilizarlo más para designar al adversario que para definirse a sí mismo. En 1867, los diputados que en Prusia se reconocen como partidarios de la política de Bismarck se denominan a sí mismos por primera vez «partido conservador». Equivalentes funcionales habían existido, sin embargo, antes de la autodenominación como «conservadores». En la literatura política (Valjavec, 1951, págs. 428 y sigs.) se utilizaban, atendiendo a su mayor o menor grado de oposición, los conceptos de aristócratas antirrevolucionarios, ultras, reaccionarios, realistas o partido de la Corte. Metternich analiza en sus *Memorias* (1921, vol. 2, pág. 454) otra serie de expresiones que emplea para construir su sistema. Estaba convenido de que conceptos tales como «oscurantismo», «absolutismo» o «sistema abstracto de estabilidad»... «que los enemigos han elevado a la categoría de grito de campaña contra mi actuación política no sirven en realidad para describirla». Su lema era «Fuerza en el Derecho», lo que le sustraía, en su opinión, a toda adscripción política.

Parte importante en la creación del concepto de «conservador» tuvieron

las revistas. Chateaubriand funda en 1817 la revista *Le conservateur*. Balmes (1950, págs. 146 y sigs.) polemiza en los años cuarenta del siglo pasado con la revista *El conservador*. El partido por el cual Chateaubriand fue durante un tiempo ministro de Asuntos Exteriores no se llamaba, sin embargo, «conservador», sino «ultrarrealista». Muchos ultras eran partidarios más dogmáticos del *Ancien Régime* que Chateaubriand. Este no pretendía la conservación de instituciones del pasado, sino que para él se trataba ante todo de una cuestión intelectual: «conserver les saines doctrines.»

El concepto contrario al de conservadores, «liberales», aparece por primera vez en Europa en las Cortes de Cádiz. En los debates de dichas Cortes surgen los conceptos «conservar» y «conservación», como cuando el obispo de Calahorra defiende a la Inquisición: «La España es católica; la nación entera ha jurado la *conservación* de la religión de Jesucristo; debe, pues, ésta protegerla, y tiene obligación de proporcionar los medios más conducentes para *conservar* en su pureza nuestra santa fe...» (Actas de las Cortes de Cádiz, Madrid, 1964, vol. 2, pág. 1083). A pesar de semejantes expresiones de los conservadores, éstos fueron denominados «serviles» por sus contrincantes, como se dice en una poesía contemporánea:

*y tú, Servil, que por preocupado  
el liberal te ha dado este apellido...*

(cit. R. Solís: *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, 1958, pág. 286).

Este enfrentamiento ocultaba, sin embargo, el hecho de que la mayoría se situaba entre los extremos de los liberales declarados y los serviles. Solo posteriormente se distinguirá entre *conservadores*, *innovadores* y *renovadores* (Suárez, 1955), y el propio Balmes contrapuso en su tipología de los partidos de 1844 la extendida expresión de «realistas» a la de «liberales» o «progresistas». Dentro de éstos distinguía Balmes entre «indecisos» o centro-derecha y parlamentarios o centro-izquierda (Balmes, 1950, págs. 472 a 499). Entendía Balmes que los liberales representaban una «posición sumamente falsa, en extremo peligrosa» (1950, pág. 498).

En Gran Bretaña se impuso por primera vez el término «conservador» a partir de los años treinta del pasado siglo. El conservadurismo británico, en tanto que grupo político, fue considerado por sir Robert Peel como una «invención», como una transformación del clásico torysino, que el *Reform Bill* de 1832 había traído como consecuencia necesaria. En el *Tamworth* de 1834 y en los *Conservative Principles* aprobados el 11 de mayo de 1835 en el *Merchant Taylor's Dinner*, fundamentó Peel su aceptación de la Reforma,

anunciando, sin embargo, su resistencia a posteriores experimentos reformistas (White, 1964, págs. 157 y sigs.).

Aunque el concepto de «conservador» era de uso frecuente en la publicística francesa y había sido introducido por Peel en la discusión política, el término se utilizaba raras veces para designar oficialmente a un partido. Incluso el mero hecho de considerarse «partido» resultaba forzado a la mayoría de los conservadores. Una de las ideas constantes de éstos, desde Bolingbroke, era que los defensores de la prerrogativa de la Corona debían de agruparse en torno al Rey para evitar la disminución de los derechos reales frente al empuje de los liberales. Dado que éstos se habían constituido en «facción», se sintieron también los conservadores inclinados a organizarse provisionalmente como partido. Sin embargo, la idea de que los partidos no deberían de perpetuarse como tales, sino que todos los patriotas deberían hacer causa común, era la concepción tanto de los conservadores de diversos países como la de los revolucionarios posteriores a 1789, e incluso en los movimientos nacionalistas, la de los propios liberales, que eran los más opuestos a la idea de conflicto inherente a los partidos políticos.

Cuando finalmente los conservadores decidieron organizarse como partido, adoptaron denominaciones de carácter más amplio que la de «partido», como «Unión», «Partido popular», «Partido de unificación nacional» (Finlandia), «Partido de unión moderada» (Suecia) o «Independientes» (Francia). Algunos publicistas conservadores creyeron ver también durante el siglo xx una inflexión del conservadurismo de partido, en la medida en que éste se contagia de la «orientación ideológica» general y se convierte, como las demás, en una «ideología de intereses» (Merkatz, 1957, pág. 69).

Con la democratización y el «aburguesamiento» crecientes del movimiento conservador y el abandono de las aristocráticas pretensiones de ser algo más que un mero partido, el término fue perdiendo progresivamente aceptación. Su uso peyorativo se ponía de manifiesto en el hecho de su utilización para designar cualquier teoría petrificada, incluso el propio stalinismo.

Mientras que hasta 1945, respondiendo al modelo británico, no resultaba deshonesto denominarse conservador o «derecha», después de la segunda guerra mundial aumentan los casos de cambio de denominación: el antiguo partido de la derecha, fundado en 1914, cambió su denominación, en Luxemburgo, en 1944, por la de «Partido Popular Socialcristiano». El partido de la derecha sueca cambió su nombre en 1969 por el de «Partido de Unión Moderada». El partido popular conservador suizo pasó a denominarse en 1970 «Partido Popular Cristiano-Demócrata».

Puesto que «conservador» como nombre de partido se hace algo tan infrecuente como reconocerse de derechas, pasa a ser sobre todo un calificati-

vo para designar al adversario. En un sondeo llevado a cabo en Alemania, sólo un 15 por 100 se identificaron como conservadores frente a un 50 por 100 aproximadamente que se autodesignaron liberales, a pesar de que alrededor del 50 por 100 votaban preponderantemente a los conservadores cristiano-demócratas y sólo un 10 por 100 al partido liberal FDP. Por consiguiente, la tendencia al voto conservador es más amplia que el concepto político de «conservador». A menudo se utiliza el concepto «conservador» como sinónimo de «derecha». No era por casualidad por lo que en la Revolución francesa los conservadores se sentaban a la «derecha» del Rey. Desde el punto de vista simbólico, en casi todas las culturas, excepto la china —que utiliza poco el simbolismo derecha-izquierda—, desde el mito de Baal y Mot, la divinidad se identifica con la derecha, mientras que, por el contrario, a sus enemigos se les identifica con la izquierda. En la opinión pública, derecha y conservador se asocian con el continuismo y el mantenimiento del *statu quo*. Su orientación social es vertical, vinculada a la aceptación de la jerarquía social y religiosa. En política exterior, se asocia sobre todo Estados Unidos con «derecha», mientras que la Unión Soviética, a pesar de su rigidez dogmática, se identifica con «izquierda» (Laponce, 1981, página 135).

Sobre todo en aquellos países en los cuales la clásica contraposición entre conservadores y liberales no ha sido desplazada por un fuerte movimiento socialista, como en el caso europeo, el término de conservador continúa siendo el término opuesto al de liberal. Esto vale sobre todo para los Estados Unidos, a pesar de que allí no existe ningún partido que se autodenomine conservador como en Canadá. En las diferentes escalas de conservadurismo elaboradas por los psicólogos, el concepto de conservadurismo abarca ámbitos más amplios que el de la esfera política. Con él se vinculan: una cierta inclinación al militarismo frente al exterior y a la actitud punitiva frente a los enemigos internos. El concepto abarca también un cierto anti-hedonismo y el rechazo de la sexualidad libre. Otros rasgos característicos son el etnocentrismo, la xenofobia y el puritanismo religioso (Wilson, 1973, pág. 91). La comparación de los resultados de encuestas sobre estos temas se encuentra limitada por el hecho de que las particularidades culturales de los distintos países distorsionan mucho las respuestas. Igualmente se constatan estructuras conservadoras en los comportamientos cotidianos de la mayoría de los ciudadanos, las cuales, sin embargo, están sometidas a una transformación histórica semejante a la de la propia ideología conservadora.

## 2. Evolución del conservadurismo

El concepto de conservadurismo tiene la desventaja de haber nacido como reacción frente a otros «ismos». Por ello mismo el concepto como autodenominación no consigue una aceptación semejante a la que hoy tienen, por ejemplo, el liberalismo o el socialismo. El conservadurismo, que todavía en Bonald anatematizaba todo lo moderno y que en Donoso suponía la contraposición del catolicismo a lo moderno, tuvo pronto que hacer algunos compromisos. Ya en 1830, en Francia, durante la Revolución de julio, se hizo evidente que el dualismo maniqueo del conservadurismo contrarrevolucionario no servía para explicar la realidad. En aquellos momentos, incluso para las fuerzas conservadoras, se hizo evidente que no se trataba ya de un «todo o nada». Los conservadores, también en el continente, comenzaron entonces a preguntarse qué tipo de concesiones debían hacer a los nuevos movimientos para poder conservar lo existente, una vez que se había visto claro que los acuerdos internacionales de carácter represivo de la Santa Alianza o de las «Resoluciones de Karlsbad» no eran capaces de garantizar el orden en los Estados de habla alemana. A partir de ahí comienza a verse a Burke y al conservadurismo inglés desde Peel, y más tarde Disraeli, como adelantados de múltiples reformas. A pesar de esto, la extensión del conservadurismo como autodenominación política se vió fuertemente condicionada por cuatro razones distintas:

### a) *La aproximación al liberalismo*

En primer lugar se produjo una aproximación al liberalismo. El doctrinarismo francés ha sido considerado hasta hoy como un movimiento intermedio entre el conservadurismo y el liberalismo. «Liberal-conservador» era la autodenominación preferida para evitar ser apostrofado de reaccionario. Los programas de la *destra storica* de la Italia posterior a Cavour desconcertaron a menudo por sus impulsos reformadores a la propia izquierda (Berselli, 1963, vol. I, pág. 93). En España, Cánovas del Castillo se mantuvo alejado de los reaccionarios moderados, adoptando una línea de pensamiento próxima al conservadurismo liberal de los doctrinarios franceses, que a su vez habían sido poderosamente influidos por Burke (D. Nohlen: *Spanischer Parlamentarismus im XIX Jahrhundert*, Meisenheim, 1970, pág. 92). Incluso en la conservadora Prusia tuvo lugar una aproximación entre la derecha y el centro-izquierda para apoyar la política de Bismarck, posibilitada por el distanciamiento de los conservadores liberales y de los liberal-nacio-

nales en relación a sus respectivas bases. El clásico conservadurismo legitimista, para el que el Estado nacional, tanto en Alemania como en Italia, constituía un desastre, quedó marginado por la unificación nacional, en la medida en que la ola del entusiasmo nacionalista arrastró juntos a la mayoría de los conservadores y a los liberales.

b) *Partidos cristianos: ¿concurrentes o sustitutos?*

Con la creciente secularización de los sistemas políticos producida por el influjo del liberalismo, en los países católicos el conservadurismo tuvo que soportar la competencia del catolicismo político. Partidos cristianos o social-cristianos entraron en competencia con los conservadores, o sustituyeron al conservadurismo, como en Bélgica y Austria. El catolicismo político que desde Lamennais no siempre fue conservador, sin embargo, allí donde lo fue mostró una mayor capacidad que los liberales para comprender la cuestión social. Pensadores alemanes conservadores, como Franz von Baader, Viktor Aimé Huber, Lorenz v. Stein o Rodbertus fueron pioneros de la cuestión social, considerando como la única salida a la lucha de clases propugnada por la izquierda una síntesis del Estado del bienestar y del principio monárquico. Allí donde dominaba la derecha, los partidos cristianos tuvieron la posibilidad de adoptar una postura relativamente progresista («Zentrum» en Alemania, «Popolari» en Italia), oponiéndose al conservadurismo, antiparlamentarismo y carácter antidemocrático de la doctrina papal, propugnada en las Encíclicas *Mirari vos* (1832) e *Immortale Dei* (1885). De aquí que no sea posible hablar con carácter general de las relaciones entre el conservadurismo y el catolicismo político. Podemos distinguir cuatro casos:

a) Movimientos en países homogéneamente católicos, en los que un catolicismo político relativamente conservador era la fuerza sustentadora del sistema (Bélgica y Austria).

b) En los países confesionalmente mixtos de Centro-Europa, en Alemania, Holanda y Suiza, aparecieron precedentes de los demócrata-cristianos, que merced a la situación minoritaria del catolicismo no corrían el riesgo de derivar hacia la derecha, como ocurrió durante el período de entreguerras en el primer modelo de catolicismo dominante (de forma latente —Bélgica— o abierta —Austria—).

c) Un caso especial lo constituye Italia, donde a pesar de que el 99 por 100 de la población eran católicos, éstos se sentían oprimidos. Como en Francia, desde la unificación del país, el Estado liberal se había venido oponiendo a la Iglesia institucionalizada. Mientras que al otro lado de los Alpes el ultramontanismo había impulsado a menudo al movimiento cató-



lico a la acción política, por el contrario, en su centro, Roma, el catolicismo se sentía tan asediado por el Estado laico (que había reducido al Estado Vaticano a un par de enclaves en la misma Roma) que llegó a propugnar el boicot contra el propio Estado: en la Encíclica *Non expedit* se recomendaba a los fieles el boicot de las elecciones. Fue el partido «Popolari» de Sturzo el primero en superar la actitud boicoteadora, en 1919, demasiado tarde, no obstante, para llegar a constituirse en fuerza de contención frente al fascismo.

d) El único país católico con tradición democrática, en el que los partidos cristianos no desempeñaron ningún papel, fue Francia. Su tradición jacobina identificó a menudo al catolicismo político con el antirrepublicanismo y el conservadurismo. No fue provechoso para el catolicismo político, que el «Boulangérisme» en el siglo XIX y «Acción Francesa» en el XX hiciesen una campaña basada en ideas nacionalistas reaccionarias contra la República internacionalista y laica, que encontró eco entre los católicos. Sólo más tarde, en 1926, Pío XI se distancia críticamente del movimiento de Maurras. En 1924 aparece por primera vez un grupo cristiano-demócrata organizado como partido («Parti Démocrate Populaire», de Marc Sagnier), que no podía ser calificado como «derecha». No es causal el hecho de que zonas marginales con tradiciones propias, como Alsacia y la Bretaña, desempeñasen un papel decisivo. El sueño de los cristiano-demócratas: acabar con el dominio de los radicales, consiguió realizarse brevemente por primera vez después de la segunda guerra mundial con el catolicismo de izquierda del MRP, para concluir en la V República con el hundimiento de ambos partidos.

### c) *Conservadurismo y nacionalismo*

En el siglo XX se equiparan a menudo los términos de «nacionalista» y «conservador», a pesar de que históricamente ambas corrientes no presentan un origen común. Para muchos conservadores, el movimiento nacionalista del siglo XIX aparecía como sospechoso de «liberal». El nacionalismo suponía un ataque demasiado fuerte a muchas de las estructuras tradicionales como para que los conservadores hubiesen podido identificarse con él desde un principio. El movimiento nacionalista constituía frecuentemente una fuerza que impedía el fortalecimiento de los partidos conservadores. En aquellos Estados en que se consideraba legítima la voz de la mayoría de la población, y que desaparecieron como consecuencia del movimiento de unificación nacional, consiguió establecerse contra el conservadurismo del Gobierno central, un conservadurismo tradicional legitimista como partido independiente de ámbito regional. Tal fue el caso del partido alemán-hannove-

riano, que surgió del «movimiento güelfo» tras la anexión de Hannover por Prusia en el año 1866 y que, como su nombre indica, no se orientaba contra «Alemania» sino contra «Prusia». Por otra parte, el movimiento nacionalista modifica el carácter del liberalismo ofreciendo nuevos aliados a los partidos y fuerzas conservadoras, como ocurre en el caso de los liberal-nacionales en el Imperio alemán, lo que fue posible merced a la reorientación de una parte de los conservadores.

En Italia, las fuerzas conservadoras legitimistas de los diferentes Estados eran bastante más débiles que en Alemania. El conservadurismo italiano quedó suavizado por el unguento liberal del «Risorgimento» con el resultado de que la derecha histórica en los años 1870 resultó asimilada por la «táctica transformista» del Gobierno durante el período de la «transformación de los partidos».

En Austria, la idea populista y la cristiano-católica se disputaron desde un principio el potencial electoral conservador. La distribución de los mandatos en el Consejo del Reich entre 1897 y 1911 (para antes de 1897 resulta muy difícil una ubicación exacta de los diputados) pone de manifiesto una fuerte dispersión de las agrupaciones nacional-populistas, utilizándose el calificativo de conservador (con la excepción de los «conservadores alemanes») predominantemente por los grupos idiomáticos no alemanes, como los checos, polacos e italianos.

En países de unificación nacional más temprana, los partidos conservadores eludieron en gran medida acentuar las cuestiones nacionalistas, como es el caso de Noruega desde la ruptura de la unión personal con Suecia en 1905. No obstante, también en Escandinavia se produjeron enfrentamientos entre conservadores y nacionalistas. En la neutral Suecia llegaron incluso los conservadores a elaborar una concepción nacionalista de la defensa, subsistiendo no obstante la controversia, de si esto debería de llevarse a cabo por vía democrático-parlamentaria, con creciente orientación anglófila, como pretendía Harald Hjärne, o más bien a la manera predemocrática del modelo alemán, como opinaba Rudolf Kjellen (Elyander, 1961, págs. 462 y sigs.).

Cuestiones de identidad nacional condicionaron también después de ambas guerras mundiales la manera de actuar de los conservadores. El «gaullisme» y el «Fianna Fail», partidos que en la actualidad forman parte del mismo grupo en el Parlamento Europeo, han contribuido en sus respectivos países a modificaciones parciales del sistema e incluso han producido efectos revolucionarios, no mostrándose dispuestos, debido a la significación del rol nacional de sus países, a dejarse etiquetar como «conservadores» a pesar de ejercer en ellos, en la actualidad, la función de partidos conservadores por excelencia.

d) *Conservadores y monárquicos*

Junto a los conflictos centro-periferia, determinantes para el destino del conservadurismo, también el problema de la forma de Estado fue a menudo una cuestión vital para el conservadurismo. Allí donde habían tenido lugar rupturas revolucionarias de la legitimidad, parte de los conservadores se agruparon bajo denominaciones específicas, tales como las de «legitimistas» (Francia), «orangistas» (Bélgica), o «carlistas» (España). No siempre aquellos partidos que pretendían la restauración monárquica se autodesignaron «conservadores», sino que con frecuencia adoptaron denominaciones de carácter más amplio como la de «Partido Popular Nacional Alemán» (República de Weimar), o la de «Partido de Agrupación Nacional» (Finlandia). En Francia los monárquicos llegaron a estar divididos en tres grupos: los legitimistas, los orleanistas y los bonapartistas. De acuerdo con el tradicional vaivén de la derecha, que tan pronto se cree ante la inminencia de la toma del poder (1877, Boulanger) como pierde la seguridad de la misma, los grupos y pensadores de la derecha llevan una vida de ostracismo político: «La derecha como obra de arte» (Charles Maurras, Léon Daudet) o se adaptan a la República, a la manera «jacobino-nacionalista» de Maurice Barrés. La «Action Française» se muestra a muchos de sus seguidores en los años treinta como negación de la Revolución de 1789, y era considerada como un movimiento fascistoide.

El pensamiento monárquico se ha visto a menudo como una línea de separación entre el conservadurismo revolucionario y el *fascismo*. Ciertamente que Maurras era un auténtico monárquico, que utilizaba la Monarquía no como Mussolini, aun cuando el título de «Dictateur et Roi» (1899) dejaba entrever una peligrosa ambivalencia, que, en el tiempo de la ocupación alemana de Francia, le colocó en la proximidad del colaboracionismo —no político, como se le reprochó— pero sí espiritual (Maurras, 1954, págs. 379 y sigs.). En otros países llegó a haber prominentes fascistas que eran al mismo tiempo monárquicos, como Codreanu en Rumania, Mosley en Gran Bretaña, e incluso un hombre como Röhm, el dirigente de las SA en Alemania (Nolte, 1963, pág. 57).

También en España la línea divisoria entre pensamiento monárquico y fascismo comienza a desvanecerse ya antes de la guerra civil. Los requetés carlistas tenían relaciones con los fascistas italianos antes de 1936. Calvo Sotelo (1941, págs. 184-185 y sigs.) no se conformaba con aspirar para su movimiento «Renovación Española» a una restauración monárquica —que sólo podría conducir, según él, al antiguo «servilismo»—, sino que propagaba una mezcla de mística monárquica y autoritarismo. José Antonio Primo

de Rivera aceptaba el valor del sentimiento nostálgico de la Monarquía, pero no creía en la restauración de la misma, concluyendo: «No podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida» (*Obras*, Madrid, FET y JONS, 1966, pág. 567).

En Francia, la cuestión monárquica quedó zanjada después de la segunda guerra mundial. De Gaulle, que había sentido una cierta simpatía por «Action Française», después de la victoria de los aliados en 1945 ocupó con su movimiento el campo de la derecha en el espectro de los partidos. El mismo se presentaba como la encarnación de una «monarquía republicana» de inspiración orleanista. Pero, como todos los grupos de derecha que han tenido éxito en Francia, De Gaulle tuvo que aceptar la herencia de 1789. El gaullismo se transformó en un movimiento que agrupaba a conservadores de muy distinto origen bajo la presión de un cambio social, que había superado el modelo tradicional de política de notables locales y que ofreció a todos los «conservadores», desde la «Action Française» hasta los ultras partidarios del *putsch* de Argelia de 1959, la posibilidad de liberarse del sectarismo de la derecha de la III y IV República.

Después de la segunda guerra mundial aparecen partidos monárquicos únicamente como grupos de carácter reactivo, por ejemplo en el caso de Italia. Al igual que en el siglo XIX, los monárquicos se encontraban ante el dilema de que el Rey no podía ser cabeza de un partido y de que ellos —tal era el caso del PNM italiano— se definían a sí mismos como claramente contrarios al Estado de partidos.

Los monárquicos no aceptaron el referéndum, que arrojó un resultado de 12,7 millones de votos a favor de la República, contra 10,7 millones de votos a favor de la Monarquía, acusando a la consulta de fraude electoral. En el estatuto provisional del «Partito Monarchico Popolare» se conjuraba la tradición nacional, católica y monárquica, pero vinculándose, sin embargo, a la tradición democrática del «Risorgimento» y proclamando simultáneamente la soberanía popular, de un modo que, incluso después de 1945, resultaba inusual entre los partidos conservadores. En otros documentos del movimiento monárquico se presentaba a la Monarquía como el supuesto institucional de una verdadera democracia. La inclinación democrática de los monárquicos no quedaba, sin embargo, libre de toda sospecha, incluso antes de su fusión en 1972 con los neofascistas, debido a que una gran parte de sus miembros habían sido reclutados entre los neofascistas del grupo «Uomo qualunque» disuelto en 1946, y a causa de las actitudes reaccionario-conservadoras de sus dirigentes. Los monárquicos hubiesen sido quizá admitidos en un grupo conservador del Parlamento Europeo de haber existido

éste antes de su fusión con los neofascistas, ya que los liberales se dieron cuenta demasiado tarde de lo poco que con el liberalismo tenía que ver el partido que habían admitido provisionalmente en su grupo. El grupo conservador se formó por primera vez tras la entrada de Gran Betaña en la Comunidad. Dado que los británicos, acompañados en su minigrupo por los daneses, eran relativamente veleidosos, no es del todo seguro que hubieran aceptado a los monárquicos italianos como «conservadores».

## II. IDEOLOGIA DEL CONSERVADURISMO

### 1. *El conservadurismo clásico*

La mayor parte de los conservadores se caracterizan a sí mismos por el «realismo» y «pragmatismo» que los aleja de los planteamientos totalizadores de las ideologías. No obstante, bajo la presión del desafío ideológico el pensamiento conservador se vio obligado a una amplia sistematización.

Burke es el primer pensador conservador en un sentido postrevolucionario o moderno. Aunque él mismo era un intelectual, e incluso como diputado tendía a utilizar un aburrido tono profesoral, fue el prototipo del literato que arremetía contra los intelectuales. Su autoridad moral y su capacidad analítica hicieron también de Burke el prototipo del liberal que deviene conservador. Conservadores procedentes del liberalismo se encuentran repetidamente en la historia, como en el caso de Donoso Cortés o en el de Churchill. Burke, sin embargo, no derivó tanto a la «derecha» como Donoso Cortés. Permaneció más anclado en la política de lo posible, tanto cuando se enfrentó al partido de la Corte de Jorge III, como cuando propugnaba la moderación frente a América o, finalmente, cuando se convirtió en el apologeta de la guerra de intervención contra Francia. En Burke están presentes muchos de los elementos del pensamiento conservador, sobre todo la concepción antirracionalista de la política y la crítica de las «abstracciones metafísicas». Por tales entente Burke la teoría contractual del Estado, la defensa de la eterna igualdad —ahistórica y social— indiferenciada de los derechos del hombre, la teoría de la soberanía popular y, con ella, los fundamentos de una teoría moderna de la democracia. En lugar de la razón abstracta, propugna Burke el valor de lo histórico.

Burke encontró muchos difusores en el continente. Algunos de ellos adaptaron a Burke a las arcaicas condiciones de sus propios países, como

por ejemplo Adam Müller (1922, vol. I, pág. IX), el cual reconoce que «acepta de mejor grado los despreciados elementos espirituales y feudales del Estado, que los ahora triunfantes». Tampoco Müller, como Burke, se ve a sí mismo como un reaccionario al estilo del «idólatra de la Edad Media y de la jerarquía absoluta».

Quizá donde peor se entendió a Burke fue en Francia, porque aquí el espíritu racionalista de la Ilustración penetró en el pensamiento conservador en mayor medida que en otros países. «*Contre-Révolution*» no se entendió aquí necesariamente como «Anti-Revolución» armada, sino antes como «Oposición a la Revolución» en el terreno de los principios. En esta interpretación insistieron teóricos como Calvo Serer (1952, pág. 30), que intentó hallar una teoría de la Revolución en la doctrina del Opus Dei, apartándose progresivamente del franquismo.

Los ideólogos franceses de la «*contre-révolution*» coincidían con Burke en su rechazo de los «fabricantes de Constituciones» (Müller, 1922, vol. I, página XI). Por el contrario, se ignoraron muchos de los aspectos liberales de la teoría de Burke. De Bonald (1976, pág. 150) y De Maistre se entusiasmaron menos que muchos de los conservadores alemanes con la idea de «Constitución histórica» que Burke contraponía al modelo racionalista del continente. Bonald calificaba a las «leyes políticas artificiales» de «absurdas o infantiles, cómicas o crueles, inmorales o injustas» y «contrarias a la naturaleza», y De Maistre afirmaba (1814, pág. VII): «Ninguna Constitución es resultado de la deliberación; los derechos del pueblo no están nunca escritos, o son sólo simples declaraciones sobre derechos preexistentes no escritos.» Solo en 1814, con Chateaubriand (1939, págs. 92 y sigs.), aceptará un conocido político y publicista conservador la Constitución como algo útil para los conservadores, polemizando contra el romanticismo de la «Constitución histórica».

En Francia, las rupturas de legitimidad condujeron a una diferenciación interna de los conservadores, que adaptaron sus planteamientos doctrinales a las respectivas lealtades dinásticas. A partir de 1814 se constituyen tres corrientes (Remond, 1932, pág. 37): 1.ª La corriente de los *ultras*, que acentúa la idea de «*contre-révolution*» aceptando no obstante algunos logros de la revolución, como el sistema representativo, siempre y cuando se mantuviese una amplia prerrogativa real. 2.ª La corriente que representa la unión del liberalismo y el conservadurismo, en la que se incluyen los *doctrinarios* (Roger-Coillard, Guizot) y, después de 1830, el *orleanismo*. Esta corriente de pensamiento persiste en la derecha francesa hasta De Gaulle. 3.ª El *intermezzo* bonapartista hizo posible una variante populista y fuertemente social-demagógica del conservadurismo autoritario, que no quería hacer de

la dinastía legítima el titular de la dictadura, tal y como Donoso Cortés propugnó en España.

Cuanto menor es la capacidad de la sociedad civil para transformarse revolucionaria o pacíficamente, tanto más «reaccionaria» aparece la variante del conservadurismo que se impone en el plano del pensamiento político. En Alemania existieron distintas variantes del pensamiento conservador. La menos inteligible estaba representada por el pensamiento hegeliano, con su apoteosis conceptual sobre la misión del Estado prusiano y su desvalorización del modelo británico, que había servido de modelo a los liberales alemanes en mayor medida que las doctrinas de la Revolución francesa. Durante su estancia en Berlín, Donoso Cortés tuvo tan poco éxito en la interpretación del pensamiento hegeliano, como De Maistre en sus intentos por adaptar la filosofía de Schelling.

Más inteligibles e influyentes resultaron ser algunos conservadores que, como intelectuales, se pusieron al servicio de las fuerzas inmovilistas, fuesen publicistas como Gentz y Adam Müller, o profesores, como Friedrich Julius Stahl y Lorenz von Stein. Este último llegó incluso a aceptar misiones secretas para espiar la escena revolucionaria en París, escribiendo simultáneamente uno de los análisis más lúcidos sobre la historia de los movimientos sociales en Francia (1842), que es uno de los análisis más brillantes de las clases sociales en la Revolución hechos antes de Marx. Stahl (1863, pág. 2) difundió en Alemania, durante los años cincuenta del pasado siglo, en concurrencias lecciones universitarias, el pensamiento dicotómico. En dichas lecciones contraponía Stahl los partidos de la Revolución (liberales, demócratas y socialistas) al «partido de la legitimidad». La *Kopfzahlsoveránität* quedó establecida como la «auténtica forma de dominación ilimitada» (idem, página 35). Los teóricos conservadores no fueron capaces de imponer plenamente la teoría del «principio monárquico». En los Länder del Mediodía alemán consiguieron imponerse algunos derechos de las Asambleas estamentales y de los Parlamentos. No obstante, se logró conservar durante cien años un *modelo típico alemán*. Se trataba de sistemas en los cuales el monarca mantenía una amplia prerrogativa, y el poder ejecutivo no se hallaba sometido a la mayoría parlamentaria, como en otros sistemas europeos.

Una tercera corriente intelectual fue la *histórica* (Ranke) y la *escuela histórica del Derecho* (Savigny), que ejerció una gran influencia internacional sobre el movimiento. Esta corriente se desarrolló científicamente a partir de la elaboración de los fundamentos de la identidad nacional de los pueblos.

Mientras que en Alemania y en Austria la doctrina conservadora acen- tuaba la juridicidad del Estado, y con ello los límites del poder real, los ras-

gos reaccionarios del conservadurismo se desarrollaron en los países marginales de Europa. En Rusia surgió la variante cesaro-paísta de un Pobedonoscev y la pan-eslavista demagógica de un Danilevskij. En ambas se combinaba la eslavofilia con una divinización de la ortodoxia, complementando esto con un incremento en la persecución de las minorías nacionales y de las otras religiones. Konstantin Pobedonoscev desempeñó en tanto que pensador conservador, el cargo de Procurador Supremo del Santo Sínodo (1880-1805), una posición tan relevante en la Corte de los Zares que estuvo en condiciones de aplicar su despiadada política antiliberal contra corrientes librepensadoras, por medio de la censura y de su política cultural pro-rusa.

En forma más moderada, la divinización de la ortodoxia eclesiástica y la aversión hacia las etnias no castellanas constituyeron también un elemento del conservadurismo español. En España, los conservadores aparecen para oponerse a la función iconoclasta que los liberales desempeñan desde los enfrentamientos de las Cortes de Cádiz. A través de la guerra civil y de la Revolución aparece de nuevo, con el ex liberal Donoso Cortés, una variante reaccionaria del conservadurismo que, más allá de las fronteras de España, llegó a entusiasmar a hombres de Estado reaccionarios como Metternich o Nesselrode y a teóricos conservadores como Montalembert, Schelling o Ranke. Los admiradores extranjeros de Donoso pasaron por alto que si bien éste era partidario de una monarquía dictatorial la entendía en el marco de límites constitucionales, según el modelo de la antigüedad. También Donoso (1849, pág. 274) percibía únicamente una alternativa maniquea: «Se trata de escoger entre la dictadura que viene de abajo y la dictadura que viene de arriba; yo escojo la que viene de arriba, porque viene de regiones más limpias y serenas.» Donoso era un hombre lleno de escrúpulos, al que cualquier finalidad demagógica resultaba ajena. Posteriormente fue interpretado (Schmitt, 1950, pág. 36) en un sentido profascista y decisionista, sin tener en consideración los profundos fundamentos religiosos de este decisionismo. Por otro lado, la influencia de los doctrinarios franceses no lo hacen aparecer como una mera versión española del doctrinarismo, tal y como lo ha interpretado Díez del Corral (1956, págs. 509 y sigs.). En el último Donoso no se mantienen ni el eclecticismo, ni el intento de difuminar las diferencias de partidos, típicos de los doctrinarios.

De modo más claro puede encontrarse una variante española de la corriente doctrinaria en la postura representada por Cánovas durante la Restauración. En España, asolada por varias guerras civiles, esta postura goza de una cierta tradición entre los conservadores. Balmes quería unir a los isabelinos y a los carlistas y Borrego a los liberales y a los moderados (Alba, 1981, pág. 101). Cánovas llegó tan lejos en este impulso de reconciliación



que fue capaz de superar la aversión conservadora por los montajes políticos artificiales, contribuyendo a organizar desde arriba el sistema bipartidista, por medio de una hábil integración de los liberales que en principio no parecían capacitados para gobernar, en el sistema que había sido creado por el partido liberal-conservador. Cánovas fundamentó en diferentes discursos (1890, vol. 3, pág. 15) su idea de un *alternating government* según el modelo británico. Su inclinación por la sistematicidad (vol. I, 1884, pág. XII) y la consistencia tenían bastante más que ver con la metodología y el enfoque positivista del liberalismo doctrinario, que con el conservadurismo propiamente dicho. Ortega y Gasset (*Vieja y Nueva Política*, Revista de Occidente, Madrid, 1964, págs. 96 y sigs) caricaturizó esa tendencia al pensamiento manipulador: «El partido conservador, y Cánovas haciendo de buen Dios, construye, fabrica, un partido liberal domesticado, una especie de pobre diablo o de buen diablo con que se completa este cuadro paradisíaco.» La propensión a la transformación y manipulación del sistema de partidos no era exclusiva de Cánovas. Hombres de Estado conservadores (Guizot, Bismarck) y liberales (Cavour, Depretis) gobernaron también en otros países con métodos semejantes.

## 2. Programática conservadora de los partidos políticos

El esbozo de las particularidades nacionales de la teoría política conservadora ha puesto claramente de relieve que, en el caso del conservadurismo, es todavía más difícil que para otras ideologías, hacer afirmaciones sobre los principios programáticos generales, válidas para todos los países. Y ello, sobre todo, por dos razones:

— Los pensadores y políticos conservadores se definen a menudo a sí mismos como pragmáticos enemigos de las teorías generales.

— La programática conservadora está sometida a cambios más profundos que las doctrinas de otros grupos políticos.

Los intentos de generalizar una programática conservadora válida para todos los partidos son problemáticos, ya que el conservadurismo, como ha escrito Kirk (1960, pág. 7) aborrece de las teorías abstractas y de los sistemas de pensamiento de los «sofistas y calculadores». Los grupos conservadores rechazan ser etiquetados con cualquier «ismo», prefiriendo limitarse a exponer lo que quieren conservar: la monarquía, el principio monárquico (en la medida en que la monarquía era ya una monarquía constitucional), el principio legitimista.

No obstante pueden hacerse un par de observaciones de carácter general:

1. Han existido intentos de elaborar un cánón del pensamiento conservador, que comprendería: la fe en el reinado de la divina providencia; un sentido del misterio y la plenitud de la vida tradicional; la afirmación del orden y la defensa de la estratificación social; el reconocimiento de una relación entre propiedad privada y libertad; la confianza en la tradición y en el derecho consuetudinario; la certeza de que cambio y reforma no son cosas idénticas y que la lentitud del cambio es el medio más adecuado para la conservación de lo existente (Kirk, 1960, págs. 7 y sigs.).

Los partidos conservadores utilizan de buen grado el argumento de la *naturaleza humana*. Un caso típico sería el discurso de Reginald Maudling en 1975: «La naturaleza humana no ha cambiado. En este mundo turbulento en que vivimos, es este el factor más constante» (Fundación Aedauer, 1978, pág. 105).

2. La *religión* dominante juega un papel de primer orden en la ideología conservadora. En los países protestantes la visión pesimista en relación a la imperfección y fragilidad de los hombres es más acusada que en el sur católico.

3. La *fe en el progreso* entre los partidos conservadores es relativamente *pequeña*. Sólo a partir del momento en que los conservadores se ven a sí mismos como partido de centro, se hace patente una cierta retórica progresista. Esto resulta evidente sobre todo en Noruega, prescindiendo del hecho de que aquí la *derecha* (Hoyre) todavía se llama derecha, al no haber querido seguir la moda del cambio de denominación, usual en Escandinavia. Los conservadores noruegos hallaron con sus *Principios y directrices* de 1975 la cuadratura del círculo, es decir, una «política conservadora progresista», apoyada en los «fundamentos de la cultura cristiana».

4. La visión pesimista de la naturaleza humana y de las posibilidades de progreso han llevado de ordinario a los conservadores a admitir la necesidad de una actividad compensadora del Estado. La «Tory democracy» ha venido así desarrollando desde Randolph Churchill rasgos populistas, defendiendo una concentración del poder que legaba hasta el *colectivismo plebiscitario*. En aquellos partidos surgidos de un movimiento nacional de renovación que más tarde mostraron rasgos conservadores, como el Fianna Fail irlandés o el gaullismo, esta característica plebiscitaria estuvo presente desde un principio. Sólo hacia los años setenta comenzaron a oírse voces en pro de una disminución del poder estatal (Noruega, 1975) y a favor de una reducción de la actividad económica del Estado (Finlandia, 1970), acompañadas en parte con la exigencia de una intervención más fuerte del Estado en aquellos aspectos relacionados con la seguridad interior y la limitación del contrapoder sindical. Los grupos conservadores han tenido a menudo

menos dificultades que los partidos liberales de centro para reconocer las ventajas de una política social entendida originariamente en sentido patrimonial. Incluso los logros de la política social de los socialdemócratas —como la regulación de la «pensión popular con seguro complementario», denunciada a menudo en el extranjero como política asistencial totalitaria— fueron defendidos programáticamente por los conservadores suecos con más énfasis del que pusieron otros grupos de centro.

5. Los partidos conservadores han mostrado una mayor facilidad que otros partidos para abandonar sus puntos programáticos de partida. De los conservadores se ha dicho acertadamente: «Resisten, pero no triunfan» (Schumann, 1974, pág. 154). Todos los partidos se han visto obligados a adaptarse. Los conservadores, no obstante —como los socialistas cien años más tarde—, se vieron afectados en la sustancia de su credo (cierto que unos y otros por razones contrarias). Los socialdemócratas vieron como, a través de rápidos cambios, el sistema que ellos combatían se afirmaba. Los conservadores, por el contrario vieron como se hundían los sistemas preconstitucionales y preparlamentarios que defendían.

Puesto que la vinculación programática de los conservadores era mucho menor que la de los liberales y socialistas —doctrina manchesteriana liberal o doctrina socialista— pudieron, bajo la presión política de sus contendientes y de los movimientos de protesta, adoptar con mayor libertad y flexibilidad *nuevos puntos programáticos*. Los conservadores mostraron una gran habilidad para compatibilizar las sucesivas modificaciones programáticas con la «tradicción nacional» que venían pretendiendo encarnar (McKenzie/Silver, 1968, pág. 245). Una reciente investigación, en la que se transcriben gráficamente las posiciones de los partidos británicos, ha puesto de relieve que los movimientos pendulares del partido conservador, con respecto a su posición programática, han sido mucho más fuertes que los del partido laborista (von Beyme, 1984).

6. Mientras el conservadurismo mantuvo una visión estamental particularista, como en Alemania en tiempos de Marwitz, no reconoció al Estado como marco principal de referencia. Una vez que bajo la influencia de la propaganda de los liberales y radicales comenzaron a relacionarse las ideas de Estado y la de unidad nacional, el Estado centralista resultó todavía más sospechoso para los conservadores que para los legitimistas italianos o alemanes, o para los ideólogos de los *states-rights* en Estados Unidos y los defensores de las prerrogativas cantonales en Suiza. Tampoco fue una idea genuina del conservadurismo el último grado en la expansión de la actividad exterior del Estado, el imperialismo. Burke continuó siendo *whig* en la cuestión colonial. El pensamiento imperialista fue defendido más tarde sobre

todo por ex radicales, como Rhodes y Chamberlain. En los Estados federales, los conservadores —como, por ejemplo, en Estados Unidos (Calhoun), Suiza y Alemania— lucharon contra el centralismo nacionalista y liberal.

Los conservadores, a lo largo de un trabajoso proceso de adaptación, han aceptado todos aquellos principios que originariamente condenaban y que eran defendidos por sus enemigos liberales y radicales: constitucionalismo y garantía de los derechos fundamentales, soberanía popular, separación de poderes, parlamentarismo y República allí donde no se podía restaurar la Monarquía. Sólo en algunos campos tuvieron los conservadores menos dificultades que los liberales. Los conservadores, por razones demagógicas, propugnaron antes la generalización del derecho de sufragio (Gran Bretaña bajo Disraeli, Alemania bajo Bismarck) y, en función de una inclinación patrimonial, aceptaron antes ideas de política social.

7. Más importante es, sin embargo, el cambio en los fundamentos de la visión del mundo que como consecuencia de la «modernización» de los partidos conservadores de masas tuvo lugar después de la segunda guerra mundial. Muchos conservadores estaban inicialmente orientados de una forma organicista e historicista. Sin embargo, el neo-conservadurismo moderno de los partidos de masas tiene una orientación racionalista y *tecnocrática*. La «revolución conservadora» del último período de la República de Weimar fue, asimismo, el canto de cisne del conservadurismo tradicionalista bien que peligrosamente mezclado con elementos decisionistas y con un cierto entusiasmo por la técnica, que indicaban claramente la evolución del conservadurismo hacia el fascismo.

La inclinación a buscar «el misterio de la vida» se da hoy con más frecuencia entre los conservadores axiológicos radicales que entre los conservadores estructurales de inclinación tecnocrática. Asimismo, la fe en la divina providencia ha retrocedido en los círculos conservadores ante múltiples manifestaciones del agnosticismo. Los conservadores defendieron durante largo tiempo «principios universales» frente a los nominalistas: consideraban a la realidad fundada en un orden espiritual axiológico del que emanaba todo lo concreto. En los años setenta, los teóricos conservadores han roto una nueva lanza en favor del nominalismo (A. Mohler). El funcionalismo y la teoría analítica de la ciencia se han extendido más ampliamente que la ontología y el normativismo de los conservadores clásicos y de los decididamente cristianos.

8. El conservadurismo clásico era ajeno a la *economía* del moderno capitalismo. En Francia, sobre todo, pertenecía al buen tono de la *droit classique* la «ignorancia en cuestiones económicas» junto con la defensa puntual de intereses económicos concretos, que no suponía defensa de ninguna

teoría económica general (Anderson, 1974, pág. 344). El conservadurismo moderno ha superado el desinterés del conservadurismo clásico por la teoría económica y ha aceptado el liberalismo como su visión de política económica.

### 3. De la «revolución conservadora» al neoconservadurismo

La transformación del pensamiento conservador se manifiesta sobre todo en las variantes del neoconservadurismo. En el período de entreguerras, parte de los conservadores adoptaron elementos fascistoides, que se encuentran en los partidos de la derecha, desde el «Partido nacional-popular» en Alemania hasta la CEDA en España. En el período de entreguerras, gran parte del conservadurismo se hizo revolucionario. La designación «conservador» pareció ser demasiado «estática». Movimientos nuevos prefirieron denominaciones más «dinámicas», como en España «Acción Popular» y «Confederación española de derechas autónomas». Normalmente, la línea divisoria entre «conservadores» y «derechas» se ha visto como más nítida en el caso de España que en el de otros países extranjeros (Alba, 1981, página 381). El temor latente de guerra civil que se evidencia en la idea de «las dos Españas» insinúa asimismo un más amplio concepto de «derecha», frente al más estrecho concepto de «conservador».

En España, los contactos entre la derecha y el fascismo eran también fluidos. Gil Robles se orientaba más bien en el modelo clerical-fascista austríaco que en el fascista o nacional-socialista, pero la organización juvenil de la CEDA (JAP) tendía cada vez más hacia la derecha, de tal modo que, según propia confesión, Gil-Robles (1968, págs. 189 y sigs.) tuvo permanentes dificultades con el rechazo del tradicionalismo clásico y con el ímpetu antidemocrático de la organización juvenil. Dichos contactos fueron valorados positivamente por dirigentes tradicionalistas de la Falange, como José Antonio Primo de Rivera (*Obras*, Madrid, 1976, págs. 604 y sigs.), pero, sin embargo, para fascistas radicales como Ramiro Ledesma Ramos (*¿Fascismo en España?*, Barcelona, 1968, pág. 67) los aliados potenciales fueron ridiculizados como simples «agrario-católicos» que no eran verdaderos «nacionalistas».

En Alemania hubo un grupo que se autodenominó «Revolución conservadora», expresión que ya antes habían utilizado escritores como Thomas Mann y Hugo von Hofmannsthal (Greiffenhagen, 1977, pág. 243). Aunque el concepto parece una *contradictio in adjecto*, no obstante, el ímpetu contrarrevolucionario desde De Maistre hasta Donoso Cortés y Metternich fue siempre una tentación latente del sector militante de los conservadores. «Action Française», «Rexismus» y otros movimientos, debido a la menor

discontinuidad de la tradición de sus países. mantenían una relación menos ambigua con su propio pasado. La corriente racista del conservadurismo populista en Alemania tuvo dificultades para sentirse identificada con el segundo Imperio, siguiendo un proceso de progresiva radicalización que venía provocado por la falta de lazos históricos con la desmembrada estatalidad de la nación alemana. La exaltación de la guerra como principio vital, la idea no legitimista del caudillaje, fundada en la *Umwertung aller Werte*, de Nietzsche —para el que la antigua moral cristiana carece ya de fuerza vinculante—, la tendencia al mito, la mitificación del pueblo (que recuerda a la izquierda radical) son todas ellas características que no corresponden a la tradición del conservadurismo clásico prusiano.

De aquí deriva la ambivalente relación entre el *fascismo* y el conservadurismo radical. El ejemplo más claro es Maurras en Francia. Sólo el odio a los alemanes impidió el colaboracionismo de Maurras. «Hitlerismo» significaba para él el resurgir de la ideología fichteana y por consiguiente la auténtica antítesis de «Action Française» (Nolte, 1963, pág. 116). También en Alemania intelectuales de extrema derecha como Moeller van den Bruck y Spengler, entre los publicistas, y Benn y Jünger, entre los poetas de rango, despreciaron el movimiento pequeño-burgués de los nazis. Incluso algún intelectual neoconservador como Edgar Jung fue asesinado. No pocos partidarios del conservadurismo radical acabaron en la Resistencia contra Hitler, como Stauffenberg, el autor del atentado de 1944. Muchos tradicionalistas, que creyeron poder utilizar el nacional-socialismo para sus propios fines, acabaron siendo instrumentalizados por Hitler. Otros pasaron a engrosar el número de los compañeros de viaje.

Después de la segunda guerra mundial estas variantes del conservadurismo fueron culpadas de colaboracionismo. El neoconservadurismo llevó a cabo profundas transformaciones. Aparecieron variantes tecnocráticas, como las representadas por los sociólogos Freyer, Gehlen, Schelsky y Luhmann. Los imperativos tecnocráticos fueron contrapuestos a los impulsos democratizadores de los movimientos de protesta de los años sesenta. La tecnocracia aparecía ya sin necesidad de una legitimación en ideas metafísicas, presentándose como un fin en sí mismo, en la forma de «teoría de los sistemas», «modelo cibernético» o «sistema de planificación». Si bien el Papa en 1814, después de su vuelta a Roma, había hecho retirar los faroles de las calles por considerarlo una «innovación revolucionaria» (Gilmour, 1977, pág. 122), los conservadores de la posguerra defendieron, conjuntamente con los socialdemócratas, las más atrevidas innovaciones, como por ejemplo las centrales nucleares. La «destrucción de las máquinas» es una idea originaria del tradicionalismo. Su equivalente moderno se encuentra entre los «espontaneístas».

tas» de izquierda, los «verdes» y los «alternativos». Si bien el conservadurismo había comenzado con una «anti-Ilustración», después de la segunda guerra mundial tomó la forma de una nueva Ilustración bajo diversos ropajes racionalistas, desde el «racionalismo crítico» hasta el «funcionalismo». El conservadurismo clásico se presentaba enraizado en el propio país, mientras que el conservadurismo de posguerra, desde el conservadurismo británico hasta la UCD española, defiende el internacionalismo en las organizaciones internacionales.

El conservadurismo clásico americano fue despreciado en Alemania; sin embargo, el neoconservadurismo americano ejerció en este país un fuerte influjo. El neoconservadurismo *americano* no se constituyó como partido, intentando más bien influir como grupo de presión sobre los dos partidos constituidos, a través de los «Comités de Acción» (PAC), como el «National Conservative Political Action Committee» (NCPAC). El neoconservadurismo americano se infiltró en parte de los *media* y en los «Think Tanks», como el American Enterprise Institute (Schissler, 1983, págs. 13 y sigs.). Era un movimiento contrapuesto al liberalismo reformista de izquierdas, próximo a los planteamientos socialdemócratas europeos. El neoconservadurismo intenta un análisis a la crisis del Estado y a la pérdida de confianza en las instituciones democráticas, que se intentan explicar, a través de indicadores subjetivos, por la «inflación de expectativas» y la «ingobernabilidad». «Supremacía de los intereses organizados» (sobre todo sindicales) es el modelo explicativo de aquellos autores que se atienen a indicadores objetivos. El conservadurismo, que tiene en sus comienzos una orientación precapitalista, se transforma en un defensor decidido de la economía de mercado y sólo una minoría de conservadores en los Estados del Sur mantienen la actitud anticapitalista (Podhoretz, 1979, pág. 25). El generalizado anti-intelectualismo del conservadurismo clásico parece superado, concentrándose ahora en una crítica específica de las ciencias sociales: Schelsky, Podhoretz o Glazer. Se conjura con ello el surgimiento de una nueva casta sacerdotal: «El trabajo lo hacen los demás» (Schelsky, 1965).

El liberalismo económico del neoconservadurismo anglosajón no se da en la misma medida en la *nouvelle droite* francesa, que se presenta más bien como «no liberal» y autoritaria, aunque distanciándose de las tendencias totalitarias predominantes en su día en la tradición de la «Action Française». Conscientemente se renuncia a la constitución de un partido. Una idea de la izquierda, la de que la toma del poder no se conseguiría por los medios políticos tradicionales, sino a través del logro de la «hegemonía cultural» (Antonio Gramsci), fue adoptada por los ideólogos de «Grece», una «comunidad de trabajo y espíritu», fundada en 1968 por un grupo de intelectuales de

la derecha (M. Christadler en Fetscher, 1983, págs. 170 y sigs.). Del pensamiento conservador clásico se mantiene la dialéctica amigo-enemigo, la crítica a la idea de los derechos humanos y el pensamiento elitista, añadiéndose a ello algo impensable para la derecha francesa clásica: la exaltación de lo nórdico (Benoist, 1979, págs. 65 y sigs.) y una actitud positiva hacia la Alemania de posguerra, a la que se atribuía un papel decisivo para el futuro. Aquí se encuentran más puntos de contacto con la tradición alemana de la «revolución conservadora», que en la mayoría de los teóricos de la Alemania occidental, si se exceptúa a Armin Mohler. La *nouvelle droite* abandona el vehemente tono antialemán, presente desde Barrés a Maurras.

No sólo el *new conservatism*, representado por ilustres pensadores como Bell o Lipset, entra en el terreno científico. La *nouvelle droite* a pesar de su orientación marcadamente folletinesca tampoco renuncia a la autoridad de las ciencias. Benoist publica en *Vie de droite* (1979) un buen número de trabajos científicos que van desde la psicología conservadora a lo Eiseneck hasta la cibernética y la biopolítica. El influjo, propagandístico de esta iniciativa no es despreciable. El trabajo fue premiado en 1978 por la Academia Francesa, considerándose a De Benoist uno de los «intelócratas» más influyentes (H. Hamon/P. Rotman, *Les intellocrates*, Ramsay, París, 1981, página 298).

### III. LOS PARTIDOS POLITICOS

#### 1. Fuerza electoral de los partidos conservadores

En el siglo XX el número de partidos que se autodenominaban conservadores fue reduciéndose paulatinamente. La evolución en el continente pareció volver al punto de partida: «conservadurismo» significaba «partido británico».

Poco después de la parlamentarización de los regímenes europeos quedó diezmado el conservadurismo en buen número de sistemas políticos. En Italia consiguió, no obstante, mantenerse en el poder entre 1850 y 1876. En Noruega, por el contrario, cayó después de 1884 en una posición minoritaria. En 1906 descendió por primera vez al 32,8 por 100, recuperándose en 1909 al ascender al 41,5 por 100, para oscilar definitivamente a partir de ahí entre el 20 y el 33 por 100. En Dinamarca hace su aparición en la vida parlamentaria con un cuarto de los sufragios (1901, 26 por 100; 1903, 21,9 por 100). Aquí es donde tienen lugar las mayores fluctuaciones (1947,



EL CONSERVADURISMO

12,4 por 100; 1971, 16,7 por 100; 1973, 9,1 por 100; 1975, 5,5 por 100) junto con Suecia (1948, 12,3 por 100; 1970, 11,5 por 100) y Finlandia (1945, 15 por 100; 1954, 12,8 por 100; 1966, 13,8 por 100). No obstante, en Finlandia y en Dinamarca los conservadores se mantuvieron mejor que en Suecia y Noruega. Al final de los años setenta iniciaban una nueva ofensiva en Escandinavia a costa de los partidos de centro.

EVOLUCION ELECTORAL DE LOS PARTIDOS CONSERVADORES

	Dinamarca	Alemania	Finlandia	Francia	G. Bretaña	Italia	Noruega	Suecia
		DK, DRP						
1890		19,1						
1891							49,2	
1892					47,0			
1893		19,2					Mod.	
1894							49,3	
1895					49,1			
1897							46,7	
1898		15,6						
1899								53,2
1900					50,3		40,8	
1901	26,0							
1902				28,3				
1903	21,9	13,5					44,8	
1904						51,0		
1905								45,3
1906	21,0			29,2	43,4		32,8	
1907		13,4						
1908								38,5
1909						54,5	41,5	
1910	18,6			19,0	(1) 46,8 (2) 46,6			
1911								31,2
1912		12,2					33,2	
1913	22,5							
1914								(1) 37,7 (2) 36,5
1915								
1917								
1918	18,3	DNVP Nat. Koal.			39,6		30,4	24,7
1919		10,3	15,7	14,0				
1920	19,7	15,1						27,6
1921							33,3	25,8
1922			18,2		38,5			

KLAUS VON BEYME

	Dinamarca	Alemania	Finlandia	Francia	G. Bretaña	Italia	Noruega	Suecia
1923					38,0			
1924	18,9	(1) 19,5 (2) 20,5	19,0	4,2	46,8		32,5	26,1
1926	20,5							
1927			17,7				25,4	
1928		14,2		2,3				29,4
1929	16,5		14,5		38,1			
1930		7,0	18,1				30,0	
1931					55,3			
1932	18,7	(1) 5,9 (2) 8,3		6,1				23,5
1933		8,0	16,9				21,8	
1935	17,3				48,1			
1936			18,7				22,6	17,6
1939	17,7		20,2					
1940								18,0
1943	21,0							
1944			KOK					15,8
1945	18,2		15,0		39,8		17,0	
1947	12,4					Mon.		
1948		DP	17,1			2,8		12,3
1949		4,0					18,3	
1950	17,8			Gaull.	43,5			
1951			14,6	21,7	48,0			
1952								14,4
1953	17,3	3,2		4,4		5,9	18,5	
1954			12,8					
1955					49,7			
1956								17,1
1957	16,6	3,4					18,9	
1958			15,3	20,4		4,8		19,5
1959					49,4			
1960	17,9							16,5
1961							20,0	
1962			15,1	37,8				
1963						1,7		
1964	20,1				43,4			13,7
1965							21,1	
1966	18,7		13,8		41,9			
1967				37,8				
1968	18,6			47,8		1,3		13,9
1969						∞ MSI	19,5	
1970			18,1		46,4			11,5
1971	16,7							
1972			17,6					

EL CONSERVADURISMO

	Dinamarca	Alemania	Finlandia	Francia	G. Bretaña	Italia	Noruega	Suecia
1973	9,1			38,0			17,4	14,3
1974					(1) 37,9 (2) 35,8			
1975	5,5		18,4					
1976								15,6
1977	8,5						24,7	
1978				22,6				
1979	12,5		21,7		43,9			20,3
1980								
1981				20,8			31,6	
1982								
1983			22,1		43,5			23,6
1984	23,4							

En comparación con las otras cuatro grandes ideologías, el conservadurismo se encuentra débilmente organizado a nivel internacional. En la Comunidad Europea no existe un grupo parlamentario común de los gaullistas y de los conservadores británicos. Los primeros forman grupo con los diputados irlandeses del «Fianna Fáil», partido nacional-revolucionario, mientras que los conservadores británicos sólo han conseguido incorporar a los conservadores daneses. Con el fin de vincular a los conservadores británicos y a los demócrata-cristianos, se intentó organizar la colaboración internacional a nivel de la Comunidad Europea a través de la «Unión de demócratas europeos» (Klessheim, Salzburg, 1978). El significado político de esa asociación ha sido hasta ahora muy escaso.

2. *Estructura social de los partidos conservadores*

Desde una óptica social el conservadurismo tiene una más intensa vinculación de clase que los partidos demócrata-cristianos y carece de la tradición de partido popular propia del catolicismo político. Pero también el conservadurismo se ha transformado socialmente. En un sentido estricto, más profundamente que el resto de las «familias espirituales».

Una de las razones principales de la profunda evolución en la ideología del conservadurismo ha sido la transformación del estrato social que lo soporta. A partir de 1815, la nobleza, el clero y los estratos estamentales representaban ampliamente al conservadurismo. A principios de este siglo,

una gran parte de la burguesía media y alta se hizo conservadora y ya en pleno siglo XX, a medida que la ecuación trabajador=membro de partido obrero iba dejando de reflejar la realidad, se hizo posible movilizar a gran parte de la clase obrera en favor del conservadurismo. Sin este fenómeno sería inexplicable el poder de los partidos conservadores y demócrata-cristianos.

En el período de entreguerras, las variantes demagógicas que acompañaron la crisis del conservadurismo facilitaron la aceptación del ideario fascista por la clase trabajadora. Después de la segunda guerra mundial, una de las mayores novedades de la época la constituye el hecho de que «fueron las clases productivas y no las parasitarias» (Marcuse) las que se mostraron receptivas a las ideas conservadoras.

Una comparación de las zonas de implantación de los partidos conservadores y de los partidos demócrata-cristianos se presenta difícil a causa de las diferencias sociales de ambos grupos de electores. Partidos populares cristianos han integrado tradicionalmente una mayor parte de la clase trabajadora que los partidos conservadores. La comparación no es desde luego del todo justa. En los países en que son mayoría los demócrata-cristianos no compiten con un partido burgués equiparable (Bélgica, Alemania, Italia, Luxemburgo, Holanda y Austria; excepción hecha de Suiza), mientras que los partidos conservadores —exceptuados los conservadores británicos y la UCD en España hasta 1982— han sufrido una fuerte competencia por parte de los partidos de centro (Francia, Escandinavia e Irlanda). Los conservadores escandinavos se encuentran más limitados socialmente en su reserva electoral que los partidos populares cristianos, por lo que no es casual que entre sus electores se den los índices más bajos de participación de asalariados y más alto de autónomos, ejecutivos y funcionarios. Los conservadores escandinavos continúan siendo un partido más clasista que los conservadores británicos, por un lado, o que los cristiano demócratas, por otro.

El factor «religión» juega en los partidos demócrata-cristianos una importante función. Los conservadores británicos, debido al anglicanismo dominante en el partido, están escasamente representados en la Escocia presbiteriana y en los medios de las Iglesias libres. Pero, en general, el factor religioso no desempeña una función tan importante como en los países multi-confesionales, en los que la correlación entre la práctica religiosa y el voto de partido es mucho mayor que en Inglaterra, especialmente en las regiones de catolicismo militante (Friulia, Venecia, sur del Tirol, Baviera, sur de Wurtemberg, la zona católica de Westfalia, Flandes y el sur de Holanda). Allí donde la minoría católica se organiza en un partido confesional, consiguen arrastrar en las áreas católicas hasta el 90 por 100 de los electores.

Ello supone que el factor de clase tiene en estas zonas un significado secundario.

No obstante, también en las zonas de implantación de los partidos cristianos ha tenido lugar desde los años sesenta una erosión sin precedentes del potencial electoral de los mismos. En Holanda, el electorado del Partido Popular Católico descendió del 92 por 100 (1948) al 70 por 100 (1971) en la parte católica de la población (von Beyme, 1984). En muchos países ha descendido la identificación partidista por razones confesionales. En el norte de España puede observarse una cierta correlación entre la distribución regional de la práctica religiosa y los altos porcentajes de UCD y AP y los bajos porcentajes de los comunistas.

Mientras que en las regiones católicas el factor religioso es más importante que el factor «clase» a la hora de decidir el voto por un partido conservador o cristiano-demócrata, en Gran Bretaña, por el contrario, se considera más decisiva la vinculación de clase. Constantes tales como zona minera=laborista y zona costera residencial=conservador mantienen todavía su validez. No obstante, una distribución del voto en función exclusiva de intereses de clase no se ha producido nunca en Gran Bretaña; de lo contrario, difícilmente el partido «tory» hubiera podido sobrevivir tras la implantación del sufragio universal; sin embargo, éste consiguió resistir gracias a su capacidad para movilizar a su favor los sufragios de la clase obrera. El porcentaje de obreros que votan conservador se calcula en un 30 por 100. La tesis del «fracaso de la política obrera de clase» ante el crecimiento del electorado obrero conservador y la paulatina *middle class takeover* en el Partido Laborista (B. Hindess) se ha revelado errónea, debido a que los datos de una ciudad de inmigración como Liverpool, con problemas específicos (una fuerte inmigración irlandesa) fueron extrapolados abusivamente. Sin embargo, desde Bagehot, el analista más lúcido de la Constitución inglesa desde el segundo «Bill» de Reforma de 1867, se comenzó a sospechar que los conservadores se mantendrían únicamente si conseguían que no desapareciese la *deference* de los trabajadores frente a la clase dominante. El argumento de los aristócratas conservadores de que ellos estaban en condiciones de ofrecer un partido «interclasista» más eficaz que el capitalismo liberal o el Partido Laborista, consiguió arrastrar no sólo al electorado obrero «respetuoso», sino también posteriormente a otros sectores de la misma clase. El grupo de los llamados «conservadores seculares», en su mayoría jóvenes y bien pagados trabajadores, que admitía la propiedad privada sobre los medios de producción, manteniendo una actitud crítica frente a los sindicatos (McKenzie/Silver, 1968, págs. 184 y sigs.) constituyó uno de los factores decisivos para el fortalecimiento del conservadurismo británico. También esta segunda

explicación ha sido criticada (Jessop, 1974, págs. 254 y sigs.), porque no da razón del hecho de que la mitad de los trabajadores que esporden al tipo del trabajador conservador votan, no obstante, al Partido Laborista. Algunas veces se incorporan variables adicionales para explicar esta diferencia, tales como la propiedad de la vivienda por los propios trabajadores. En Gran Bretaña y en la República Federal de Alemania donde la propiedad de la vivienda es un fenómeno minoritario entre los trabajadores, esta variable explica sólo una parte de las diferencias en el comportamiento político. Sin embargo, allí donde la propiedad de la vivienda es frecuente entre los trabajadores, como ocurre en Escandinavia, apenas ha podido constatarse influencia alguna de este factor sobre el comportamiento electoral de los trabajadores. Por lo general, es mucho más importante la diferencia entre trabajadores especializados y no especializados. El segundo grupo muestra, también en otros países, una mayor tendencia al voto conservador.

No hay ningún lugar en que haya podido constatarse un proceso lineal de aburguesamiento dependiente de la adquisición de bienes materiales. «La identificación de clase está demasiado enraizada como para hacerla desaparecer por la adquisición de una máquina lavadora» (O. G. Pulzer). El tipo de socialización y de contactos a que están expuestos los trabajadores parece ser más importante para explicar su comportamiento político que la posesión de bienes. Las mujeres y pensionistas de la clase trabajadora muestran una mayor tendencia al voto conservador que los obreros que continúan en las fábricas en contacto con los sindicatos (Parkin, 1967, página 288). No hay que exagerar el proceso de erosión del ámbito obrero. Todavía en los años setenta se cumplía la regla de que eran menos los trabajadores que votaban conservador que las personas de clase media que votaban a partidos obreros.

En Escandinavia, los partidos conservadores han tenido mayores posibilidades de incorporar puntos de vista regionales. En aquellos países en los que se produce una fuerte concentración de población alrededor de la capital, como en Dinamarca, se observa —al igual que en el oeste de París— una concentración de votos conservadores (partes de Copenhague, Nordsee-land, Fünen y Südjutland son también reductos conservadores, aunque en esta última región juegan un papel importante los problemas étnicos, como la cuestión de Schleswig del Norte). En el suroeste de Finlandia tiene lugar una concentración similar de voto conservador. Los sueco-parlantes, en la medida en que no votaban por el Partido Popular Sueco, eran por término medio más conservadores que los sectores de habla finesa. La aglomeración de Oslo constituye igualmente un centro de la fuerza electoral conservadora. También aquí los conservadores se convirtieron en un partido urbano, si

exceptuamos partes del norte de Noruega donde la actitud de los conservadores respecto a la cuestión del idioma y su oposición al prohibicionismo defendido por los partidos de centro, les ha permitido conquistar apoyos más amplios. Por el contrario, en Suecia disponen los conservadores de la representación más equilibrada a nivel provincial. En 1932 eran los más fuertes en el norte y en el sur. Mientras en el norte fueron perdiendo progresivamente apoyo electoral, en el sur consiguieron conservarlo. En Suecia y Finlandia el conservadurismo tiene un componente agrario. En ambos países consiguió movilizar en un principio a muchos campesinos. En Finlandia la unión inicial de las clases medias con los campesinos se deshizo con el ascenso del Partido Agrario. En Noruega y en Dinamarca los centros de implantación conservadora se encuentran situados igualmente fuera de las metrópolis, lo cual es aquí explicable por la influencia de concretas tradiciones regionales (Berglund/Lindstöm, 1978, pág. 138).

Al contrario de lo que ocurre en los países católicos, en Escandinavia, en parte de Holanda y en los reductos pietistas de algunas partes de Alemania, además de los «confesionales» e «indiferentes» existen otros grupos. Junto a aquellos se encuentran además creyentes que debido a su religiosidad popular están en conflicto con la Iglesia oficial y con el promedio de los confesionales ritualistas. Su número no puede ser estimado equiparándolo simplemente al de miembros de las Iglesias libres, pudiendo calcularse que en Dinamarca asciende al 3,8 por 100 y en Noruega al 3,1 por 100. Entre ellos se da un alto porcentaje de votos de partidos conservadores y cristianos.

En Francia, desde la candidatura presidencial de Giscard d'Estaing de 1974, han de computarse conjuntamente los votos de los gaullistas y de los partidarios de aquél. Sus zonas de implantación se encuentran en el Oeste y en Alsacia-Lorena, donde la izquierda sólo conquistó en 1978 tres de los treinta y cuatro distritos electorales. El centro de Francia y el oeste de París votan tradicionalmente conservador. Entre las zonas de implantación de la izquierda y de la derecha se sitúan algunas regiones en las que la relación de los bloques se encuentra relativamente equilibrada: la región de París, Borgoña, Franco-Condado, Ródano-Alpes, Poitou-Charentes. El corrimiento de voto favorable a los socialistas en 1981 muestra presumiblemente una imagen coyuntural de la auténtica división de las fuerzas electorales.

Zonas de implantación conservadora se encuentran en todas aquellas partes en donde existe una fuerte amenaza de la estructura social tradicional y no se ofrecen alternativas populistas o neofascistas. En países con un fuerte porcentaje de trabajadores extranjeros, la xenofobia puede reportar ventajas electorales a los conservadores en algunos distritos urbanos (Berlín, finales de los años setenta).

### 3. Estructura organizativa de los partidos conservadores:

En el plano de la organización los conservadores se han visto sometidos a tantos cambios como en el nivel ideológico o en la estructura de sus bases electorales. En Gran Bretaña los conservadores desarrollaron desde Disraeli la organización de un partido de masas como reacción a la disciplinada máquina de partido de Gladstone (*caucus*). Los conservadores británicos tienen todavía hoy alrededor de 1,5 millones de miembros y son, después del Partido Demócrata-Cristiano italiano, el segundo partido burgués del mundo. Al contrario de lo que ocurre con los demócrata-cristianos (CDU y DC) el número de miembros de los partidos conservadores no suele hacerse público regularmente. Equivalentes de los partidos conservadores como AP y UCD, o los gaullistas, no son auténticos «partidos de militantes» en el sentido de Max Weber.

Los conservadores continentales no han tenido normalmente necesidad de competir con los liberales por el voto de los trabajadores urbanos y de las clases medias. Debido al bajo nivel de industrialización estos grupos no desempeñaban el mismo papel que en Inglaterra. En sistemas políticos poco desarrollados como en la Alemania del Imperio guillermino, los conservadores podían prescindir mejor que cualquier otro partido de una infraestructura organizacional. En sus zonas de influencia del este los electores se veían sometidos a la autoridad y al influjo electoral de los grandes propietarios, que conseguían decidir las elecciones sin necesidad de organización ni propaganda. «Vote as you are told» era también una consigna con la que los «torys» consiguieron arrastrar al pueblo en los «burgos podridos».

La organización efectiva de los intereses de partido fue posible en la Europa continental a pesar del rechazo ideológico de los métodos modernos de organización partidista, como ocurrió en el caso de los partidarios del Gobierno sueco hasta entrado el siglo xx. Sólo más tarde los nuevos partidos (Partido Agrario, Liberales y Social-demócratas) atacaron los fundamentos de la posición privilegiada de los «barones» conservadores, que sin ningún tipo de organización formal conservaron sus posiciones de poder hasta el presente siglo. La aparición de una élite profesionalizada contraria a la nobleza, integrada por abogados e intelectuales que compartían con la vieja aristocracia el privilegio de disponer de un cierto tiempo para la política, sentó las bases de la moderna organización partidista. No es un hecho casual que hayan sido precisamente los partidos conservadores suecos y finlandeses los que hayan tardado más —hasta los años cincuenta— en organizarse como partidos de militantes.



En Australia y Nueva Zelanda, donde el conflicto entre liberales y conservadores no se desarrolló de la misma forma que en Gran Bretaña, sólo cuando el Partido Laborista hubo conseguido una buena organización se vieron incitados los conservadores a organizarse en un partido disciplinado. En Nueva Zelanda el «National Party» no surge hasta el año 1936.

#### IV. SIGNIFICADO ACTUAL DEL CONSERVADURISMO

El conservadurismo continúa siendo el grupo menos estructurado de entre las grandes «familias espirituales» del sistema de partidos europeo. Salvo en Gran Bretaña, el conservadurismo parece condenado a la desaparición. Después de la segunda guerra mundial los grandes partidos burgueses del continente han sido partidos demócrata-cristianos que en su mayor parte no se han definido como conservadores, aunque se hicieron pronto conservadores, con el añadido de un fuerte liberalismo económico, resistiéndose, no obstante, en mayor medida que los partidos conservadores, al doctrinarismo monetarista.

El conservadurismo —como partido y como movimiento espiritual— recibió un impulso indirecto del movimiento de protesta izquierdista de finales de los años sesenta. Se produjo un desplazamiento del esquema derecha-izquierda. El conservadurismo tecnocrático de la posguerra calló en descrédito. Algunos círculos burgueses-conservadores se mostraron receptivos a los nuevos movimientos sociales, como los protagonizados por los partidos étnicos y regionales, movimientos contra los impuestos (Partido Progresista en Dinamarca y Noruega) o movimientos ecologistas. A pesar de que la mayoría del movimiento ecologista está más bien a la izquierda, existe, no obstante, un grupo conservador decisivo para el éxito de los «verdes». En Alemania, los sondeos han puesto de relieve que existe un 2 por 100 de «ecofascistas» (Sinus, 1981, pág. 9). La izquierda gana muchas batallas, pero los conservadores ganan a la larga la guerra, aunque bajo el imperativo de adaptarse a las nuevas circunstancias.

En este momento, la ola conservadora triunfa en varios países del norte de Europa. Al mismo tiempo, el socialismo (con la excepción de Austria y Suecia) ha emigrado hacia el sur. El éxito de algunos grupos conservadores ha puesto, sin embargo, de manifiesto los síntomas de crisis de los movimientos conservadores. Falta la fuerza estimulante de la contraposición («Feinderlebnis»), a causa de la debilidad de los partidos laboristas y socialdemócratas, y la frustración de las esperanzas puestas en la política refor-

mista de los socialdemócratas y en el keynesianismo. En este sentido, la crisis de las fuerzas anticonservadoras se manifiesta simultáneamente como una crisis del propio conservadurismo.

(Traducción de JOSÉ JUAN GONZÁLEZ ENCINAR y JUAN GARCÍA COTARELO.)

## BIBLIOGRAFIA

## 1. Fuentes ideológicas

- ARTOLA, M.: *Partidos y programas políticos 1808-1936*, Madrid, 1975.
- BALMES, J.: *Escritos políticos*, en idem: *Obras completas*, vol. 6, Editorial Católica, Madrid, 1950.
- BENOIST, A. de: *Les idées à l'endroit*, Copernic, París, 1979.
- *Vu de droite. Anthologie critique des idées contemporaines*, 5.ª edición, Copernic, París, 1979.
- BONALD, L. de: *Théorie du pouvoir politique et religieux dans la société civile (1796)*, en *Oeuvres*, 2 vols., Le Clerc, París, 1854.
- BUCKLEY, W. E., Jr. (ed.): *American Conservative Thought in the Twentieth Century*, Bobbs-Merrill, Indianapolis, 1970.
- BURKE, E.: *Reflections on the Revolution in France (1790)*, Dent, Every Man Edition, Londres, 1960.
- CALVO SERER, R.: *Teoría de la restauración*, Rialp, Madrid, 1952.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, A.: *Problemas contemporáneos. Pérez 1884-1890*, 3 vols.
- CHATEAUBRIAND, F. R. de: *De la monarchie selon la Charte (1815)*, en *Mélanges politiques. Oeuvres complètes*, vol. 7, Garnier, París, 1939.
- DONOSO CORIÉS, J.: *Discursos. Obras*, vol. 3, Tejado, Madrid, 1854.
- *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo (1851)*, Colección Austral, Madrid, 1949.
- FRAGA IRIBARNE, M.: *La crisis de Estado español*, Planeta, Barcelona, 1973.
- FREYER, H.: *Theorie des gegenwärtigen Zeitalters*, EVA, Stuttgart, 1955.
- FÜRST METTERNICH, C. W. L.: *Denkwürdigkeiten*, 2 vols., Langen-Müller, Munich, 1921.
- GEHLEN, A.: *Die Seele im technischen Zeitalter*, Rowohlt, Harburg, 1957.
- GENTZ, F. von: *Schriften*, Hoff, Mannheim, 1838-1840, 5 Bde.
- GIL-ROBLES, J. M.: *No fue posible la paz*, Ariel, Barcelona, 1968.
- HUBER, V. A.: *Über die Elemente, die Möglichkeit oder Notwendigkeit einer konservativen Partei in Deutschland*, Marburg, 1841.
- KIRK, R.: *A Program for Conservatives*, Regner, Chicago, 1954.
- *The Conservative Mind*, 3.ª edición, Gateway Edition, Chicago, 1950.
- KRISTOL, I.: *On the Democratic Idea in America*, Harper & Row, Nueva York, 1972.
- MAISTRE, J. de: *Essai sur le principe générateur des constitutions politiques (1814)*, Pélagaud, Lyon, París, 1860.
- MAURRAS, Ch.: *Oeuvres capitales. Vol. 2: Essai politiques*, Flammarion, París, 1934.

- MOHLER, A.: *Von rechts gesehen*, Seewald, Stuttgart, 1974.  
 MÜLLER, A.: *Elemente der Staatskunst (1808)*, 2 vols., Fischer, Jena, 1922.  
 PODHORETZ, N.: *Breaking Ranks*, Harper & Row, Nueva York, 1979.  
 SCHELSKY, H.: *Die Arbeit tun die anderen. Klassenkampf und Priesterherrschaft der Intellektuellen*, Westdeutscher Verlag, Opladen, 1975.  
 STAHL, F. J.: *Die gegenwärtigen Parteien in Staat und Kirche*, Hertz, Berlín, 1863.  
 STEIN, L. von: *Zur preussischen Verfassungsfrage (1852)*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1961.  
 VEGAS LATAPIE, E. (ed.): *El pensamiento político de Calvo Sotelo*, Madrid, 1941.  
 WHYTE, R. J.: *The Conservative Tradition*, 2.ª edición, Black, Londres, 1964.

## 2. Obras sobre la ideología conservadora

- ALBA, V.: *Los conservadores en España*, Planeta, Barcelona, 1981.  
 APPARU, J.-P.: *La Droite aujourd'hui*, Albin Michel, París, 1979.  
 BRUNN, J. (ed.): *La nouvelle droite*, Oswald, París, 1979.  
 CASTRO, C. de (ed.): *Andrés Borrego: Periodismo liberal-conservador, 1830-1846*, Madrid, 1972.  
 COSER, L. A.; HOWE, I. (eds.): *The New Conservatives. A Critique from the Left*, Quadrangle, Nueva York, 1974.  
 DÍEZ DEL CORRAL, L.: *El liberalismo doctrinario*, 2.ª edición, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1956.  
 DIMIER, L.: *Les maitres de la contre-révolution au XIX siècle*, París, 1917.  
 DROZ, J.: *Le romantisme politique en Allemagne*, París, 1963.  
 ELVANDER, N.: *Harald Hjärne och konservatismen. Konservativ idédebatt i Sverige 1865-1922*, Almqvist & Wiksell, Estocolmo, 1961.  
 EPSTEIN, K.: *The Genesis of German Conservatism*, Princeton UP, 1966.  
 FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Cánovas. Su vida y su política*, Madrid, 1972.  
 FETSCHER, I. (ed.): *Neokonservative und «Neue Rechte»*, Beck, Munich, 1983.  
 FREYER, H.: *Revolution von rechts*, Jena, 1931.  
 GERSTENBERGER, H.: *Der revolutionäre Konservatismus*, Duncker & Humblot, Berlín, 1969.  
 GREBING, H.: *Konservative gegen die Demokratie*, EVA, Francfort, 1971.  
 GREIFFENHAGEN, M.: *Das Dilemma des Konservatismus in Deutschland*, Piper, Munich, 1977.  
 HABERMAS, J.: *Die Kulturkritik der Neokonservativen in den USA und in der Bundesrepublik*, Merkur, 1982, págs. 1047-1061.  
 HENNIG, E.; SAAGE, R. (ed.): *Konservatismus - eine Gefahr für die Freiheit?*, Piper, Munich, 1983.  
 HERRERO, J.: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, 1971.  
 KALTENBRUNNER, G.-K. (ed.): *Rekonstruktion des Konservatismus*, Rombach, Friburgo, 1972.  
 KIRK, R.: *The Conservative Mind. From Burke to Eliot*, Gateway, Chicago, 1953.  
 KLEMPERER, K. von: *Germany's New Conservatism*, Princeton, 1957.  
 LAPONCE, J.: *Left and Right*, University of Toronto Press, 1981.  
 LEDERER, R.: *Neukonservative Theorie und Gesellschaftsanalyse*, Lang, Francfort, 1979.  
 LUHMANN, N.: *Der politische Code. «Konservativ» und «progressiv» in systemtheoretischer Sicht*. Zeitschrift für Politik, 1974, págs. 253-271.

- MADRAZO, S.: *Las dos Españas*, Madrid, 1969.
- MERKATZ, H.-J. (ed.): *Die konservative Funktion*, Isar Verlag, Munich, 1957.
- MOHLER, A.: *Die konservative Revolution in Deutschland 1918-1932*, Vorwerk, Stuttgart, 1950.
- *Die französische Rechte. Zwischen Liberalkonservatismus und Nationaljakobinerium*, en *Criticón*, núm. 72-73, 1982, págs. 165-168.
- OFFE, C.: *Neukonservative Klimakunde*, Merkur, 1978, págs. 209-225.
- O'SULLIVAN, N.: *Conservatism*, Dent, Londres, 1976.
- PUY, F.: *El pensamiento tradicional en la España del siglo XVII, 1700-1760*, Madrid, 1966.
- REBOLLO TORIO, M. A.: *El lenguaje de la derecha en la segunda República*, Valencia, 1975.
- RÉMOND, R.: *Les droites en France*, 4.<sup>a</sup> edición, Aubier, París, 1932.
- ROSSITER, C.: *Conservatism in America*, Knopf, Nueva York, 1955.
- RÜHLE, H., y otros (eds.): *Der Neokonservatismus in den Vereinigten Staaten und seine Auswirkungen auf die Atlantische Allianz*, Melle, Knott, 1982.
- SCHISLER, J. (ed.): *Neokonservatismus in den USA*, Westdeutscher Verlag, Opladen, 1983.
- SCHMITT, C.: *Donoso Cortés*, Greven, Colonia, 1950.
- SCHOEPS, J. H.: *Konservatismus*, en J. H. SCHOEPS y otros: *Konservatismus, Liberalismus, Sozialismus*, Fink, Munich, 1981, págs. 11-86.
- SCHUMANN, H. G.: *Konservatismus*, Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 1974.
- SCRUTON, R.: *The Meaning of Conservatism*, Penguin, Harmondsworth, 1980.
- SINUS (ed.): *Wir sollten wieder einen Führer haben*, Rowohlt, Reinbek, 1981.
- SONTHEIMER, K.: *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik*, Nymphenburger, Munich, 1962.
- TUSELL, X.: *Historia de la democracia cristiana en España*, Madrid, 1974.
- VALJAVEC, F.: *Die Entstehung der politischen Strömungen in Deutschland 1770-1815*, Oldenbourg, Munich, 1951.
- VAUGHAN, M.: «Nouvelle Droite. Cultural Power and Influence», en D. S. BELL (ed.): *Contemporary French Political Parties*, Croom Helm, Londres, 1982, págs. 52-58.
- VIERHAUS, R.: «Konservativ, Konservatismus», en OTTO BRUNNER y otros (eds.): *Geschichtliche Grundbegriffe*, vol. 3, Klett-Cotta, Stuttgart, 1982, págs. 531-565.
- WILSON, G. D.: *The Psychology of Conservatism*, Academic Press, Londres, 1973.

### 3. Movimientos y partidos

- ALLMAYER-BECK, J. Ch.: *Der Konservatismus in Österreich*, Isar Verlag, Munich, 1959.
- ALTEMEYER, B.: *Right-Wing Authoritarianism*, University of Manitoba Press, Winnipeg, 1981.
- ANDERSON, M.: *Conservative Politics in France*, Allen & Unwin, Londres, 1974.
- AREILZA, J. M. de: *Diario de un ministro de la monarquía*, Barcelona, 1977.
- AVRIL, P.: *UDR et Gaullistes*, PUF, París, 1971.
- BEHRENS, R.: *The Conservative Party from Heath to Thatcher. 1974-1979*, Saxon House, Farnborough, 1980.
- BELL, D. (ed.): *The Radical Right*, Criterion, Nueva York, 1955.
- BELL, D. S. (ed.): *The Right*, en idem (ed.): *Contemporary French Political Parties*, Croom Helm, Londres, 1982, págs. 7-68.

- BERKLUND, St.; LINDSTRÖM, U.: *The Scandinavian Party System(s)*, Studentlitteratur, Lund, 1978, págs. 62ff.
- BERSELLINI, A.: *La destra storica dopo l'unità*, 2 vols., Il Mulino, Bologna, 1963.
- BEYME, K. von: *Vom Faschismus zur Entwicklungsdiktatur. Machtelite und Opposition in Spanien*, Piper, Munich, 1971.
- *Partidos en democracias occidentales*, Instituto de Estudios Constitucionales, Madrid, 1984 (forthcoming).
- BIGGS-DAVIDSON, J.: *Tory Lives: From Falkland to Disraeli*, Putnam, Londres, 1952.
- BLINKHORN, M.: *Carlism and Crisis in Spain*, Cambridge UP, 1975.
- BOURRICAUD, F.: *The Right in France since 1945. Comparative Politics*, 1977, págs. 5-34.
- BRIGOULEIX, B.: *L'extreme droite en France*, Fayolle, París, 1977.
- CHARLOT, J.: *Le Gaullisme*, Colin, París, 1970.
- CRISOL, R.; LHOMEAU, J. Y.: *La Machine RPR*, Fayolle, París, 1977.
- DOEKER, G.: *Konservatismus in Kanada*, Der Staat, 1975, págs. 253-260.
- FISHER, N.: *The Tory Leaders*, Weidenfels & Nicholson, Londres, 1977.
- GILMOUR, I.: *Inside Right. Conservatism, Policies, and the People*, Hutchinson, Londres, 1977.
- HERZ, T. A.: *Soziale Bedingungen für Rechtsextremismus in der BRD und in den Vereinigten Staaten*, Hain, Meisenheim, 1975.
- IRVINE, W. D.: *French Conservatism in Crisis*, Baton Rouge, Louisiana State UP, 1979.
- JESSOP, B.: *Traditionalism, Conservatism, and British Political Culture*, Allen & Unwin, Londres, 1974.
- KONRAD ADENAUER-STIFTUNG (ed.): *Die europäischen Parteien der Mitte. Analysen und Dokumente zur Programmatik christlich-demokratischer und konservativer Parteien Westeuropas*, Euchholz, Bonn, 1978.
- LAYTON-HENRY, Z. (ed.): *Conservative Party Politics*, Macmillan, Londres, 1980.
- *Conservative Politics in Western Europe*, Macmillan, Londres, 1982.
- LECOMTE, B.; SAUVAGE, C.: *Les Giscardiens*, Albin Michel, París, 1978.
- LIPSET, S. M.; RAAB, E.: *The Politics of Unreason. Right-Wing Extremism in America 1790-1970*, Heinemann, Londres, 1971.
- LÓPEZ RODÓ, L.: *La larga marcha hacia la monarquía*, Barcelona, 1977.
- LORD HAILS HAM: *The Conservative Case*, Penguin, Harmondsworth, 1959.
- MARTÍNEZ CUADRADO, M.: *La burguesía conservadora 1874-1931*, Alfaguara, Madrid, 1974.
- McKENZIE, R.; SILVER, A.: *Angels in Marble. Working Class Conservatism in Urban England*, Heinemann, Londres, 1968.
- MEYN, H.: *Die Deutsche Partei*, Droste, Düsseldorf, 1965.
- MILES, M. W.: *The Odyssey of the American Right*, Nueva York, 1980.
- MONTERO, J. R.: *La CEDA*, Madrid, 1977.
- NIEDERMAYER, O.: *Europäische Parteien?*, Campus, Francfort, 1983.
- NOLTE, E.: *Faschismus in seiner Epoche*, Piper, Munich, 1963.
- NORTON, P.: *Conservative Dissidents*, Weidenfeld & Nicholson, Londres, 1979.
- OECHSLIN, J. J.: *Le mouvement ultra-royaliste sous la restauration, 1814-1830*, París, 1960.
- ÖSTERUD, Ö.: *Agrarian Structure and Peasant Politics in Scandinavia*, Universitetsforlaget, Oslo, 1978.
- PARKIN, F.: «Working Class Conservatives. The Story of Political Deviance», en *British Journal of Sociology*, 1967, págs. 278-290.

- PETITFILS, J. C.: *La Droite en France de 1789 à nos jours*, PUF, Paris, 1973.
- PUHLE, H. G.: «Conservatism in Modern German History», en *Journal of Contemporary History*, 1978, págs. 687-720.
- PURTSCHET, C.: *Le Rassemblement du Peuple Français 1947-1953*. Cujes, Paris, 1965.
- REICHLEY, A. J.: *Conservatives in an Age of Change. The Nixon and Ford Administrations*, AEI, Washington, 1981.
- ROBINSON, R. A. H.: *The Origins of Franco's Spain. The Right, the Republic and Revolution*, David & Charles, Newton Abbot, 1970.
- «Political Conservatism - the Spanish Case», en *Journal of Contemporary History*, 1979, págs. 561-580.
- ROGGER, H.; WEBER, E. (eds.): *The European Right. A Historical Profile*, University of California Press, Berkeley, 1965.
- RPR: *Atout France* Roudil, Paris, 1980.
- RUSSELL, T.: *The Tory Party*, Penguin, Harmondsworth, 1978.
- SASSOLI, D.: *La destra in Italia*, Roma, 5 lune, 1959.
- SCHWEITZER, D. R.: «Status-Politics and Conservative Ideology. A French-Swiss Case in National and Comparative Perspective», en *European Journal of Political Research*, 1977, págs. 381-405.
- STEINFELS, P.: *The Neoconservatives. The Men who are Changing American Politics*. Simon & Schuster, Nueva York, 1979.
- STERNHELL, Z.: *La droite révolutionnaire 1885-1914*, Seuil, Paris, 1978.
- SUÁREZ VERDEGUER, F.: *Conservadores, innovadores y renovadores en las postrimerías del antiguo régimen*, Gómez, Pamplona, 1955.
- WICKMANN, J.: *Fremskridtspartiet, hvem, hvorfor?*, Akademisk forlag, Copenhagen, 1977.
- WILKINSON, P.: *The New Fascists*, Grant McIntyre, Londres, 1981.